

AMBIEN-TICO

Revista mensual del proyecto Relaciones Ambientales en Costa Rica

Coordinación general: Eduardo Mora · Montaje: Cecilia Redondo · Circulación: Enrique Arguedas

Consejo editor: Omar Arrieta, Jorge Camacho y Rodia Romero

Escuela de Ciencias Ambientales · Universidad Nacional · Costa Rica

Apdo. postal 86-3000 · ambientl@una.ac.cr · <http://www.infoweb.co.cr/redlat/esp/bibliografias/ambientico.html>

SUMARIO

- “Los políticos no entienden el ambiente, y lo subordinan a la economía”. Entrevista a ALVARO LEÓN, por EDUARDO MORA 1
- Cinco aspectos fundamentales de la sostenibilidad MAYNOR ANTONIO MORA 8

“Los políticos no entienden el ambiente, y lo subordinan a la economía”

Entrevista a ALVARO LEÓN, por EDUARDO MORA

Alvaro León fue por varios años, y hasta dos días después de realizada esta entrevista, presidente de la Asociación Ecologista Costarricense (Aeco), la cual es el principal grupo de activismo ambientalista en Costa Rica. Aeco, que es el capítulo costarricense de la multitudinaria y muy influyente organización Amigos de la Tierra Internacional, expresa de manera clara a la corriente más radical del movimiento ambientalista: el ecologismo. En consecuencia, Aeco, más allá del estudio y combate de problemas ambientales puntuales -en lo que ha demostrado sobradas beligerancia y efectividad-, pretende un cambio radical en las relaciones de la sociedad con la naturaleza y, también, en las relaciones humanas.

Pregunta: Se afirma que en Costa Rica existe desde hace años una política ambiental estatal estable. Si vos compartieras tal afirmación, ¿cómo juzgarías tal política en, digamos, los últimos ocho años?

Respuesta: Yo creo que, efectivamente, existe una política ambiental estatal, pero las agendas de muchos sectores no coinciden con ella. Hay estabilidad en la definición de políticas pero no en la aceptación de la sociedad. Costa Rica ha

jugado mucho con un discurso verde, y creo que ha habido logros muy importantes si se hace la comparación con la región, pero no se ha seguido una política "profunda" ante la grave situación ambiental. Considero que ha sido mucho una política de imagen, y de hacer reformas que se inscriben siempre dentro de la lógica del mercado, privilegiando a grupos. En este momento, por ejemplo, se está privilegiando al sector maderero, el cual en los últimos ocho años ha crecido mucho política y financieramente gracias a que el Estado le ha abierto un enorme espacio para que opere.

Hay grandes diferencias entre cómo ve el Estado su política y la situación ambiental y cómo la ven otros sectores. Antes era más fácil vender un discurso internamente. Ahora la gente ha despertado y se ha dado cuenta de que el grado de profundidad de las políticas estatales no es el que el Estado quiere hacer creer que tienen. Y la gente está requiriendo reformas de esas políticas.

P: ¿En qué medida y por qué vías pueden los grupos ambientalistas influir en la política ambiental del Estado?

R: En primer lugar, a mí me parece que la agenda de los grupos ambientalistas no debe ser una agenda de grupos de profesionales en el ambiente. Es decir, no debe ser una agenda exclusivamente de oenegés. Los actores del campo ambiental, desde la década de los ochenta hasta hoy, han estado fundamentalmente concentrados en las oenegés, considerando que con ellas se agota el campo. Pero eso es una lectura equivocada. Debe entenderse que los sectores campesino, indígena y de pobladores urbanos tienen una agenda cotidiana que posee una dimensión ambiental. Y, en consecuencia, se debe buscar una alianza con esos sectores, una alianza popular y ecologista.

No se debe perseguir y seguir una política exclusivamente verde -en el sentido de acciones identificadas como típicamente verdes-. Creo que esa es la única manera de realmente influir al Estado. Ahora, ¿en qué campos? A mí me parece importante lo tocante a los instrumentos que sirven para la toma de decisiones. También el campo del marco institucional, en el que hay que hacer algunas reformas, y el campo legal. No me refiero a crear más leyes, sino a dar una mayor

coherencia a la legislación y a su aplicación, fundamentalmente.

Respecto de los instrumentos que deben modificarse hay que señalar, por ejemplo, que no es posible que sigamos midiendo el éxito de la economía por el PIB. Hay que revisar, también, los indicadores de sostenibilidad que ha generado el mismo PNUD desde el paradigma del desarrollo humano sostenible. Me parece que esos indicadores ocultan más de lo que realmente indican.

Hay cosas que debieran manejarse en agendas de carácter bilateral, con instancias autónomas y no de los poderes públicos. Un ejemplo: la Contraloría está en un proceso de reforma y, de alguna manera, ha aceptado que no sólo los recursos hacendarios son objeto de su función contralora, sino también los recursos naturales en tanto patrimonio del Estado, lo cual me parece acertadísimo. No puede ser que la contraloría de lo ambiental en este momento esté dentro del mismo Ministerio del Ambiente (Minac); éste no puede ser un órgano para controlar lo que él mismo hace; el ente contralor tiene que estar afuera. En esto, la Contraloría tiene más o menos claro adónde ir y, entonces, puede jugar un buen papel. Y nosotros tenemos que ayudar a que esa reforma institucional también se dé.

Algunos sectores y fuerzas interesados en lo ambiental deberíamos ponernos de acuerdo para incidir positivamente en los tres campos dichos: reforma institucional, legal y la construcción de una serie de nuevos instrumentos para medir el éxito de la economía y de determinadas actividades, instrumentos que requerirían un gran proceso de formulación, de consulta y discusión de una propuesta y de crear la resonancia social necesaria.

P: Más concretamente, ¿apelando a qué vías, o a través de qué estructuras, es que los ambientalistas podrían influir sobre el Estado en esos tres campos que has señalado?

R: Ninguna vía es descartable. Primero es necesario crear resonancia en la sociedad, involucrar a los sectores que mencioné antes y a la iglesia, a los profesionales, a las instituciones de investigación, a grupos académicos, etcétera. Luego hay que entrar en un proceso de cabildeo y negociación con las autoridades. No quiero decir que haya que seguir ese orden, rígidamente. El Esta-

do no es un ente homogéneo, sino que es un ente donde uno encuentra muchas fragmentaciones y hay funcionarios que eventualmente abren espacios para este tipo de discusión y de reflexión. Incluso a veces es posible sentarse con un funcionario de alto rango, hacerle propuestas de ese tipo, y abrir entonces espacios. Siempre que eso se pueda debe trabajarse directamente con las autoridades.

P: ¿Y cómo el gobierno debería procurar relacionarse -a través de qué estructuras- con los grupos ambientalistas en función de una mejor protección de la naturaleza? ¿Qué iniciativa debería tomar el gobierno para relacionarse con esos grupos?

R: Es claro que experiencias como la del Consejo Nacional de Desarrollo Sostenible tienen que dejarse de lado y conducir a replanteamientos. No es posible montar un Consejo Nacional de Desarrollo Sostenible en el que todas las agendas, las comisiones y grupos de trabajo y los temas priorizados sean definidos por un ministro. Cuando no hay ningún espacio para los que supuestamente están participando, éstos llegan a sentir que lo que hacen es nada más legitimar procesos que en nada tienen que ver con sus prioridades, y a veces ni siquiera con las del Estado, sino sólo con las de un determinado ministro que hace una gestión muy de tipo personal. El gobierno debe entender que los espacios de interlocución tienen que ser espacios definidos por los mismos actores. Y nosotros tenemos que aprender a concertar y a crear ese tipo de espacios de interlocución con el gobierno. Creo, por ejemplo, que el Consejo Nacional de Organizaciones para el Desarrollo Sostenible (Conao), que pretendió ser una oportunidad para esto, fracasó porque ahí había una visión muy clientelista y muy proyectista. Creo que eran contadas con los dedos de una mano las personas allí presentes que tuvieran una visión y una actitud a partir de las cuales se pudiera plantear una interlocución permanente con el Estado, un esquema alternativo de desarrollo. La mayoría de la gente no se interesó por eso sino por resolver cuestiones muy inmediatas. Entonces, pienso que en los dos lados hay errores y tenemos que aprender de ellos para rectificar.

P: ¿Qué es más resaltante, la coherencia interna del movimiento ambientalista tico o las disensiones que en él existen y su incapacidad de confluir en asuntos concretos?

R: Hay un balance. No creo que seamos todos hermaníticos, con concepciones idénticas; sin embargo me parece que hay una voluntad grande por llegar a consensos. Mas esta tarea se aborda muy desde lo temático, lo cual es un error. Muchas veces nuestras acciones son meramente reactivas. Y debiéramos actuar distinto: entender primero cuáles son los problemas de carácter estructural y luego enfrentarlos. Pero es que en el movimiento ambientalista se peca mucho de falta de lectura de la realidad socio-ambiental. Esto me parece una debilidad del movimiento. La formación de cuadros es un punto muy débil de éste.

Creo que hay mucha virginidad política en el movimiento ambientalista, pero hay una voluntad enorme de confluencia, y esa misma virginidad ayuda a que exista esa voluntad y que nos pongamos de acuerdo, aunque sea coyunturalmente, en una serie de cuestiones. Lo malo es que esos acuerdos coyunturales nos llevan a darle un determinado seguimiento a ciertos problemas y luego los olvidamos; no hay un ataque permanente y sistemático a los asuntos de carácter estructural.

P: ¿En esta materia, hay una distinción entre Aeco y el resto de los grupos ambientalistas?

R: No, la distinción es entre varios grupos, dentro de los que está Aeco, y los otros. En este país hay unos siete tipos de grupos ambientalistas. Varios son similares a Aeco, posiblemente no con una gestión tan nacional, sino más local, pero con pensamiento similar: por ejemplo Apde -en Limón- y Codece -en Escazú-. Nosotros hemos intentado una gestión muchísimo más integral de lo ambiental. Me parece que hay otros grupos que se caracterizan por una menor integralidad, es decir, su gestión es más puntual. Hay grupos que son más de carácter conservacionista, que están más en función, por ejemplo, de una gestión sobre áreas protegidas, sobre una determinada especie, o sobre un determinado espacio territorial. Hay otros que se caracterizan más por una gestión de tipo ambientalista, es decir, que lo que intentan es establecer paráme-

tros y procedimientos de tipo técnico para lograr un mejor ambiente: por ejemplo, elaboran instrumentos legales, o económicos. Hay otros grupos que están más dedicados al campo de las tecnologías apropiadas, que además de ser buenas en sí mismas propician, de alguna manera, la autogestión. Por ejemplo los que impulsan la agroecología. Hay otros, provenientes de Río 92, que son desarrollistas: no se plantean un cambio de modelo sino una serie de reformas dentro del esquema actual. Otros, que ya no ejercen tanta presión como antes, impulsan un ambientalismo de Estado; éstos captaron en su momento muchos recursos a través de fundaciones paraestatales -dirigidas por una élite ambientalista- que básicamente se dedicaban a implementar las mismas políticas del Estado. Y hay otros grupos que por su misma pobreza lo que han hecho es implementar políticas más en el campo de la compensación social, haciendo labores ambientales muy puntuales en comunidades, como reforestación, recolección de basuras, reciclaje, y otras; en la administración pasada fue muy corriente este tipo de trabajo en las comunidades más pobres. Esos grupos no son necesariamente paraestatales -en el sentido de que confluyan con la clase política-, sino que son más bien peones de las políticas de compensación. Finalmente, como ya dije, estamos algunos grupos que intentamos una gestión mucho más integral, que tratamos de hacer un balance entre las tareas y necesidades puntuales y el entendimiento y ataque de la crisis ambiental, a la luz de los problemas sociales, económicos y políticos de este país. No entendemos la crisis ambiental como un problema meramente biológico.

P: ¿Cómo juzgás a la mayoría de esas organizaciones ambientalistas del país en cuanto a su efectividad en la acción de defensa de la naturaleza?

R: Hay dos cosas que deben diferenciarse: una cosa es la efectividad en cuanto a los logros que se plantean, y otra es la efectividad en cuanto a su impacto en la situación ambiental del país. Si las juzgamos por lo primero, debe reconocerse que esas organizaciones han hecho una buena labor; pero si las juzgamos por lo segundo me parece que seguimos careciendo realmente de una agenda ambiental de impacto, una agenda que realmente apunte a problemas de fondo. Nos

incluimos nosotros ahí, porque no es lo mismo plantearse las cosas que lograr incidir. Por más planteamientos que hayan muchas veces nuestros logros son todavía muy pequeños.

P: ¿Qué tipo de relación intenta establecer Aeco, en torno a lo ambiental, con comunidades afectadas por la problemática ambiental y con organizaciones de base?

R: Para contestar eso primero es importante entender lo que nosotros hemos planteado como el perfil de Aeco. Nuestra organización intenta ser una especie de híbrido entre oenegé y organización de promoción de movimiento social. Esto significa entrar a jugar en un campo de alianzas con distintos sectores y asumir que la agenda ambiental no la dictamos nosotros como organización, sino que hay que elaborarla en función de las demandas de los distintos sectores. Y es que muchas de las demandas de carácter más cotidiano de esos sectores tienen una dimensión ambiental importante. Nos interesa, básicamente, hacer una correcta lectura de esas demandas, distinguiendo su contenido ambiental, para potenciar un frente de lucha ambiental con esos sectores. Y en esa línea hemos obtenido, relativamente, buenos resultados.

Muchas de las demandas que a veces se dice que Aeco plantea no son estricta y estrechamente demandas de Aeco, sino que las hemos construido con tales sectores y grupos y para ellos son muy importantes. No es casual, por ejemplo, que el Frente Nacional contra la Minería a Cielo Abierto haya tenido tanto eco en los sectores campesino e indígena. Ese tipo de vínculo y alianza en la acción es lo que perseguimos nosotros prioritariamente con comunidades y organizaciones de base.

P: ¿La participación político-electoral de grupos ambientalistas redundaría en una mejor gestión del ambiente en el país?

R: A principios de los noventa, en Aeco se planteó la disyuntiva de ser una organización de promoción del movimiento social o ser un partido político. Grupos europeos influyentes nos sugirieron convertirnos en partido verde, pero rechazamos esa opción. Creemos que en este momento hay una crisis de los partidos políticos y nosotros apostamos más a hacer el ejercicio de encontrar nuestra propia identidad como sector

ambientalista antes que entrar al juego electoral. En el desarrollo de esa identidad procuramos encontrarnos con otros sectores y hacer política de otra manera: presionando desde allí a las autoridades. En el juego político-electoral, por la presión que ejerce el mismo sobre los actores, perderíamos mucho de lo logrado hasta hoy. Yo -muy personalmente- creo que si en algún momento nosotros junto con otros sectores pudiéramos constituir un partido político -y eso es una cuestión meramente hipotética-, lo que habría que hacer es formar un movimiento que durante un año se dedicara a lo electoral y los tres años siguientes, antes de la siguiente elección, se retirara y se dedicara a presionar, no sólo al resto de los actores políticos, sino también al mismo partido electoral al que el movimiento dio origen. En mi opinión, cualquier fuerza política que actúe desde una perspectiva popular debiera seguir un modelo de acción de ese tipo: no ser simplemente correa de transmisión de ese hipotético partido político en el que confluyen sectores populares, sino tener una enorme autonomía enriquecedora de la gestión de ese partido político.

P: ¿Por quiénes votaron principalmente los ambientalistas ticos en los recientes comicios nacionales?

R: La verdad es que yo no tengo respuesta para esto. Intuitivamente me parece que entre la gente ambientalista sucede igual que en el resto del país, que hay un desencanto respecto de los partidos políticos mayoritarios. En las recién pasadas elecciones creo que, a diferencia de antes, hubo una mayor distribución de los votos.

P: ¿Qué sectores o grupos del ambientalismo están próximos o son afines al gobierno electo y cuáles son afines al Partido Liberación Nacional?

R: No son los grupos como tales los que se adhieren, sino personas integrantes de ellos, las cuales, dado que el trabajo de muchos grupos privilegia lo institucional, se acomodan a uno u otro partido. En el pasado, algunos grupos -no sé si por ambiciones personales o por convicción- trabajaban con el gobierno. Me parece que el gobierno anterior inmediato empleó también a integrantes de varias organizaciones ambientalistas intentando dar la imagen de que se iba a asumir

el reto de hacerle frente a los principales problemas ambientales. Pero no se puede ser tan ingenuo de creer que porque ponen a una persona que fue miembro de una organización ambientalista las cosas se van a solucionar, aunque alguna gente sí cae en ese error, lo cual tiene que ver con la virginidad política del movimiento ambientalista, en el que hay gente muy joven que ha tenido poca experiencia política.

Cuando existían los partidos políticos de izquierda y no se habían arriado todavía las banderas de lo alternativo, había preocupación por la formación de los militantes y éstos, en consecuencia, tenían una enorme formación y más precaución a la hora de actuar políticamente. Es decir, casi había una duda metódica respecto de cualquier cosa y mediaban procesos de reflexión y de discusión con los compañeros. Sin embargo, eso no permitió el desarrollo de lo que hoy se conoce como los nuevos actores sociales, porque se cayó en una esquematización del escenario social y político de este país que todavía pesa en el movimiento popular. El movimiento sindical aún se guía por la concepción del triángulo Estado-empresa-sindicatos, y se invisibilizan otros actores sociales.

Actualmente hay mayor virginidad política, pero hay un proceso de desarrollo de cada identidad socio-política. Apenas se está iniciando y tendrá que encontrar su punto de madurez en el futuro, y creo que en el momento en que todos los sectores de los nuevos movimientos sociales hayan desarrollado sus identidades políticas, se reconstruirán e intentarán elaborar una visión más integral. La experiencia pasada de algunos partidos puede ayudarnos a no cometer algunos errores. Si bien hay elementos de lo que era la política en el pasado que podríamos añorar, creo que también hay elementos novedosos que nos pueden brindar oportunidades importantes.

P: ¿En sus posiciones respecto a lo ambiental hay diferencias entre los políticos del Partido Liberación Nacional y los del Partido Unidad Socialcristiana?

R: Creo que no. Hay estilos distintos de gestión de los funcionarios. Por ejemplo, en la administración anterior la gestión del ministro del Ambiente, René Castro, era muy personalista, con una enorme preocupación por la imagen del país

en función de las posibilidades de mercadear nuestros recursos naturales a través de los *proyectos de implementación conjunta*, de la gestión de la biodiversidad, etcétera. De parte del nuevo gobierno siento una mayor apertura hacia los ambientalistas. Creo que eso no depende del partido gobernante ni de sus políticas, tampoco de los sectores que están con él, sino del estilo de gestión de las autoridades. En este caso de las personas que están en el ministerio del Ambiente. Como ministro a.i. ahora está Carlos Manuel Rodríguez. No sé si su estilo como viceministro irá a cambiar con la pronta asunción de Elizabeth Odio. En este país eso aún sigue pesando.

Es evidente que en ambos partidos están muy bien representados sectores que quisieran orientar la política de alguna manera, que presionan y que muchas veces tienen peso. Pero eso no significa que, necesariamente, la política al final tenga su sello. Un ejemplo de eso es lo que ocurre con el sector maderero. Este tiene buenos representantes en ambos partidos, y es el que de alguna manera ha representado a la minería transnacional en este país, pero eso no necesariamente significa que uno u otro partido defina su política en función de la presión que hacen internamente los madereros. A veces el estilo de gestión de la persona que está en el ministerio cuenta mucho, por lo menos en los tanteos; a la hora que se toman las decisiones ya no es sólo la autoridad ministerial ambiental la que cuenta, sino que entonces entran en juego, con frecuencia, otros ministerios que tienen mucho más peso -y más en los últimos años- en este país: el Ministerio de Hacienda, el de Comercio Exterior, también el Banco Central y, en general, los individuos que pertenecen al equipo económico del presidente, y entonces empieza a haber conflictos. Hay que entender, pues, las contradicciones internas del gobierno para comprender las decisiones finales. Aunque en este momento en el Minae yo siento una mayor apertura respecto de las reivindicaciones ambientalistas, las cuales se tiende a tomar en cuenta antes de tomar las decisiones, es posible que cuando se entre en contradicción con otros ministerios y con la política económica, las decisiones sean de signo contrario a nuestros juicios.

P: ¿La mención constante de temas ambientales por parte de nuestros políticos se debe a una

auténtica preocupación de ellos o más bien a un esfuerzo por mejorar su imagen ante una opinión pública crecientemente ambientalista?

R: Yo creo que en los últimos años las autoridades, en términos generales, han sido muy ignorantes en materia ambiental. Han hecho una lectura muy pobre no sólo de las demandas de los sectores ambientalistas sino de las de otros sectores que rozan e incursionan en lo ambiental. Pobre por dos razones: por conveniencia y por falta de capacidad. Y en esa medida la respuesta desde el Estado también ha sido pobre y se han planteado agendas ambientales cuya función es dar atolillo con el dedo a los demandantes.

El gobierno recién pasado no logró una política ambiental intersectorial en la que el Ministerio de Agricultura, el del Ambiente, el de Comercio, el Instituto de Turismo, y otros, se integraran. Es decir, no había una real coordinación de sectores de gobierno. Lo que se planteaba como política ambiental era un catálogo de ocurrencias de cada uno de los ministros y autoridades representantes de cada sector. Por ejemplo, el uso de jabones biodegradables se destacaba como una de las cosas centrales de la política turística en armonía con el ambiente. Un año después de planteada la política ambiental de ese gobierno, llamada *Del bosque a la sociedad*, todo se olvidó y se siguió con el discurso de la sostenibilidad prevaleciendo mucho el afán de compatibilizar lo que es la sostenibilidad con las políticas de ajuste estructural, sobre la premisa de que la solución del deterioro ambiental es el crecimiento económico, el cual elimina la pobreza, la cual es la causante del deterioro. Creo que ésta es la lógica que sigue prevaleciendo en muchos de los políticos. La lectura de la realidad ambiental es poco seria, o inexistente.

P: ¿Nuestros políticos cuya función tiene que ver con lo ambiental, hablan y actúan de acuerdo a los deseos de organismos supranacionales, sean éstos financieros o de otro tipo?

R: Sí, pero no exclusivamente. Es muy distinto estar fuera que dentro del gobierno, y cuando se ponen a nivel gubernamental determinadas prioridades de crecimiento, de estabilización de indicadores macroeconómicos, etcétera, es evidente que lo ambiental va a pasar a un segundo plano, muy en función de los planteamientos de los

organismos multilaterales. Es decir, lo ambiental termina siendo de alguna manera adaptado a los requerimientos económicos y no al revés. Ninguno de los partidos mayoritarios ha pretendido ni pretenderá una adaptación de la economía a los requerimientos ambientales, sino al contrario, lo que significa que lo ambiental se ve siempre dentro de la lógica del mercado (...)

P: ¿Existe un flujo de activistas y de expertos ambientalistas entre oenegés y gobierno y entre oenegés y organismos supranacionales? Y en caso de que sí, ¿qué significa eso respecto de la orientación de las organizaciones ambientalistas en las que eso ocurre?

R: La mayoría de las oenegés sí establecen ese flujo. Lamentablemente, hay muchas organizaciones que lo que se plantean es exclusivamente su sobrevivencia como institución; no tienen un sustento político, es decir, un planteamiento acerca de un modelo alternativo de desarrollo, de un modelo alternativo de sociedad, de un modelo alternativo de Estado, o de unas relaciones alternativas entre la sociedad y el Estado. Con objetivos de tan corto alcance esas organizaciones suelen constituirse en consultoras ambientales. No critico las consultorías, sino el creer que desde la posición de consultor se puede realmente incidir en la problemática ambiental (...) Los consultores llegan a conocer sectores de la realidad con cierto rigor pero tienden a desentenderse de la transformación necesaria de la misma.

Del otro lado están las organizaciones activistas que no tienen realmente una agenda, sino que ésta la construyen en función de temas sueltos. Entonces, abordan un tema y emprenden una campaña. Hacen activismo en función de un determinado problema, o en oposición de un determinado proyecto; y luego emprenden otra campaña. Todo esto sin vincularse con los sectores afectados por el problema y sin una estrategia. Estas organizaciones suelen no tener una concepción rigurosa ni integral de la realidad ambiental.

En Aeco desarrollamos campañas pero no las vemos aisladas de una gestión mucho más integral. Normalmente, incluso, esas campañas son la punta de lanza para luego abordar, en el territorio y en la sociedad local donde ocurría el problema, planteamientos acerca de qué alternativas

de desarrollo se deben desarrollar ahí, y entrar en procesos de solución y ya en acciones más de tipo proactivo con la gente que originalmente estuvo involucrada en acciones de carácter mucho más reactivo.

Entonces, si bien el activismo es importante, muchas veces significa un gran desgaste de las organizaciones. No se debe caer en eso ni tampoco en lo otro: en constituirse en meros intérpretes de la realidad.

P: Finalmente, ¿hay contradicciones entre, por un lado, los intereses empresariales y su afán por el crecimiento económico y, por el otro lado, la conservación de los equilibrios ecosistémicos en general?

R: Sí, y también hay contradicciones entre los mismos sectores empresariales. Este año, en la reunión preparatoria del Alca aquí en Costa Rica, antes de la Cumbre de Chile, se empezaron a ver diferencias dentro del mundo empresarial. El sector comercial tiene prioridades distintas de las del sector industrial (...)

Respecto de la contradicción con el equilibrio ambiental, los industriales -cuya mejor opción con la integración comercial de América es convertirse en socios menores de las transnacionales- están desgraciadamente llamados a jugar un papel destacado, porque la enormidad de los proyectos que desarrollan las transnacionales hace que éstos tengan un alto impacto ambiental -aunque también mayor capacidad para mitigarlo-.

Sectores económicos como el campesino están en capacidad de ser menos dañinos ambientalmente, no sólo por la escala menor en la que operan sino también por su lógica de operación. Otros sectores hacen esfuerzos a veces importantes para que sus actividades tengan un impacto bajo. Sin embargo, en eso hay que hacer todavía muchísimo. El sector lechero y el cafetalero, por ejemplo, han implicado un alto costo ambiental para este país. Pero, a pesar de que evidentemente hay un sector empresarial que quiere un marco institucional y legal todavía mucho más permisivo que el que existe -en lo que es elocuente la posición de quienes hacen manejo forestal-, la contradicción entre intereses empresariales y ambiente no es sólo debida a los empresarios sino también a todo el deficiente

instrumental disponible para aplicar la legislación y para evaluar su gestión. La estructura de evaluación de impacto ambiental ejemplifica esto. La Secretaría Técnica Ambiental (Setena) es incapaz de evaluar la cantidad de estudios de impacto ambiental que le llegan, lo que hace que

los estudios de impacto ambiental que se le presentan sean cualquier cosa menos verdaderos estudios de impacto ambiental: son cartas de buena intención. Esto requiere una reforma institucional (...)

Cinco aspectos fundamentales de la sostenibilidad

MAYNOR ANTONIO MORA

Hablar de sostenibilidad en la actualidad debe llevarnos a una profunda reflexión sobre las posibilidades actuales y la viabilidad de nuestras "sociedades" en un contexto de eventual desintegración de los equilibrios ecológicos globales, regionales (continentales) y locales (en cada país, en cada comarca, en cada espacio comunal) vigentes en los últimos miles de años, es decir, de los equilibrios ecológicos ancestrales.

A continuación planteo cinco discusiones sobre el tema de la sostenibilidad en tanto categoría occidental, referida a la posibilidad de mantener los equilibrios ecológicos desde la acción humana actual y futura dentro de la biosfera. Parto, evidentemente, del juicio de que es necesaria la vida humana, al menos para los seres humanos. Esta observación es pertinente porque si por el contrario partiera de otra postura no consistente con el mantenimiento de la vida humana en su forma socio-histórica, las conclusiones serían otras.

En todo caso, defender la vida humana no es tanto una opción ética o discursiva como una determinación ontológica: Si no estoy vivo no

puedo hablar de nada; esto es aplicable para cada ser humano que existe. La ética de la vida es una ética material, como señala Enrique Dussel (1): En el discurso se opta, pero en términos ontológicos no es posible tal opción, porque su contraria es la imposibilidad de toda opción, o sea, no es opción (por lo tanto, un contrato social efectivo se debe fundar primero que todo sobre el respeto a la vida humana).

Las reflexiones siguientes pretenden tener un referente social global; no obstante, algunas de ellas serán remitidas al caso costarricense, como referente inmediato donde tanto la crisis ambiental como la sostenibilidad como tema y práctica social me son más cercanas.

I

La primer reflexión tiene relación con los principios de la ecología contemporánea, principalmente en sus posturas teóricas holísticas, que en otro momento he denominado "relacionales". El descubrimiento de los principios ecológicos implicó el concepto de equilibrio ecológico. La idea misma de *relación* de los entes reales (y no simplemente sumatorias mecánicas como se deduce de la mecánica newtoniana) y por ende la

desaparición de las "cosas" como unidades ontológicas separadas y su conversión en manifestaciones temporales de procesos más amplios, la idea de *ecosistemas* como conjuntos de relaciones con tendencia a la reproducción, esto es, a su continuidad como formas de organización, el descubrimiento de la primera ley de la termodinámica así como de ley de la entropía o promesa de muerte futura de los ecosistemas (ambas leyes en síntesis: *la energía no se crea ni se destruye, pero sí se convierte a estados menos organizados, más simples, menos complejos*), etc., implicaban y condujeron al concepto de equilibrio ecológico. El mismo no es entendido mecánicamente (como por ejemplo: *un objeto atraído por dos fuerzas equivalentes en sentido opuesto se mantiene en reposo perpetuo, en tanto no varíe la magnitud de una de esas dos fuerzas*; ejemplo que requiere de una separación de la materia con relación al espacio, propio de la mecánica clásica a la que ya hicimos referencia y que la teoría general de la relatividad vino a despedazar) sino más bien se entiende en relación con el mantenimiento de ciertas coordenadas espacio-temporales de organización material/energética (o en términos más simples: Se mantiene el orden, más no los contenidos materiales específicos del orden. El árbol persiste, no porque persista su materia o su energía [que de hecho segundo a segundo van siendo sustituidas en parte] sino que se mantiene el *orden árbol* como relación determinante de contenidos variados de energía y materia).

Sólo a partir de este concepto de equilibrio es que resulta explicable la existencia humana en el planeta. Recuérdese que el equilibrio es relativo al contexto espacio-temporal, por ejemplo el planetario. Podemos encontrar equilibrios de todo tipo de extensión/duración, desde el equilibrio de fusión nuclear del sol (miles de millones de años) hasta el equilibrio de la superficie del planeta Mercurio, mutado a cada instante por la temperatura y el movimiento fluido del "suelo". En el caso de la biosfera terrestre, el equilibrio al que hago alusión fue producto de millones de años de interacción material en la que la participación de los organismos fotosintéticos permitió el surgimiento de una atmósfera donde los contenidos de oxígeno en relación con otros gases ha permitido el desarrollo de la actual tra-

ma ecológica. La presencia humana es posible en ese contexto de organización de la biosfera, en paridad equivalente con la presencia del elefante africano o de la gran ballena azul. Las tres especies son producto del mismo equilibrio. La diferenciación respecto del poder humano no se establece entonces sólo desde lo biológico, sino sobre todo de la construcción de cultura por parte del ser humano y el desarrollo de scudo controles sobre las tramas ecológicas locales.

El concepto de sostenibilidad se refiere, por lo tanto, a la posibilidad de mantener el equilibrio, frente a acciones extra-planetarias (p.e., choque de un cometa) e intra-planetarias (una posible erupción volcánica de dimensiones colosales o nuestra acción extractiva, contaminante y artificializante) respetando la vida de todos y todas y posibilitando la vida futura de la especie en su manifestación colectivo-social. La sostenibilidad así vista puede ser definida más ampliamente como una condición general posible de la biosfera producto de la acción humana frente al peligro de la destrucción que hemos generado. Allá en el futuro remoto un día este equilibrio se habrá roto por otras circunstancias y la vida desaparecerá, o bien, habremos aprendido a evitar cualquier amenaza como deja entrever Carl Sagan (2). La diferencia que se establece con la contemporaneidad es que la amenaza proviene precisamente de la acción humana y que frente a esa acción la sostenibilidad ambiental es responsabilidad del ser humano, al menos mientras las condiciones de vida no hayan sido del todo modificadas por el *tempus* planetario. Se trata también de que no estamos en condición de construir un equilibrio ecológico nuevo sin que perdamos la vida en el intento. En ese sentido, la responsabilidad por la preservación del equilibrio vigente es la responsabilidad por la preservación de la misma especie. Se trata, asimismo, de una responsabilidad general, con cuotas sociales más o menos pronunciadas respecto de las culpabilidades específicas de la destrucción de la actual trama. Esto introduce el contenido del segundo comentario.

II

Parece que la cultura es una trampa. Conlleva la destrucción, pero a la vez es imposible salirse de ella. Esto es patente, por ejemplo, en Costa Rica: Hoy se habla sólo de globalización y de inser-

ción en los mercados internacionales, pero no se discute ni sobre el contenido de esa "globalización" ni sobre el carácter de dichos mercados. La postura es simple: Garantizar el "desarrollo"; premisa ideológica fundamental de la modernidad desenfrenada a la que hemos asistido en las últimas décadas y que es la culpable en parte de los desajustes ecológicos. Esta segunda reflexión tiene por objeto la discusión sobre lo social-dominante y su posibilidad de cambio frente a la destrucción que se ha generado en el contexto de la modernidad.

Creo que Fernando Mires tiene razón al señalar que para América Latina, así como para el resto de regiones del planeta, la cuestión del desarrollo ha sido central a partir de la constitución de lo que puede denominarse *modo de producción industrial* (3). La propuesta ontológica: "Desarrollo". Esta ha sido, según Mires, una propuesta propia no sólo del capitalismo sino también del socialismo: Desarrollo igual "evolución", evolución igual premisa de que las "sociedades" avanzan siempre hacia algo históricamente determinado; en los términos que uso aquí: El equilibrio mejora infinitamente, propuesta claramente contraria a las leyes de la termodinámica y la idea de que el equilibrio es una lucha contra el desorden con una promesa de derrota final, que puede ser racionalmente administrada y prolongada.

El desarrollismo encuentra en la actualidad la posibilidad absoluta de realización bajo el discurso de la globalización. Promete la homogeneidad en las condiciones de vida, precisamente mientras genera desigualdades abismales en estas condiciones. En el caso costarricense, los distintos presidentes prometen en el fondo lo mismo: Desarrollo. Por supuesto con ropajes diferentes en la anterior y la actual coyuntura (gobierno de Figueres, gobierno de Rodríguez): desarrollo sostenible, desarrollo humano. No interesa en verdad la sostenibilidad o el ser humano sino el desarrollo; el desarrollo siempre está ahí en la fórmula ideológica que da coherencia sistémica a las propuestas de los gobiernos latinoamericanos y mundiales y su siempre más de lo mismo. Evidentemente el resto del esfuerzo ideológico se centra en probar que el desarrollo es "bueno", no sólo para la gente sino para las condiciones del "salvaje" entorno ambiental, dejando por fuera a la misma gente en la

toma de decisiones. Así desaparece la persona, como señala Mires (4).

Defender lo indefendible parece ser el trabajo predilecto en el ámbito mundial, por parte de los gobiernos en tanto que los mismos parecen actuar hoy en día más cerca de la fórmula de Lenin: Como *instrumentos de las clases dominantes*. Mientras tanto estas clases, representadas por las multinacionales y más allá de su "actuación objetiva" como in(o quizás)concientemente defienden intelectuales de la talla de Mario Vargas Llosa, son los efectivos actores del desarrollo y con él de la devastación social y ecológica (5). Sólo por ejemplo, cito el caso de las grandes empresas mineras y sus proyectos para el caso de Centroamérica. Por ende, no todos somos culpables, aunque sí todos responsables.

De lo expresado se deriva una conclusión obvia: La superación de la pobreza y la destrucción del equilibrio ecológico no es factible bajo las condiciones actuales de defensa del desarrollo (acumulación, crecimiento económico, depredación). Y un corolario: La sostenibilidad no es factible bajo sistemas sociales que defiendan el desarrollo. Y, creo, se trata de una evidencia más allá del capitalismo y del socialismo. Es decir, si la premisa del desarrollo y con ella su inherente generación de desigualdad social y destrucción del entorno no es sustituida por una premisa que ponga en el centro no el desarrollo sino la sobrevivencia humana en condiciones dignas y en equilibrio con el entorno, el denominado desarrollo no propiciará otra cosa que la aceleración entrópica de lo que a muy largo plazo es inevitable: nuestra desaparición. El cortoplacismo, el coyunturalismo, el cotidiano seguir igual no son entonces una situación social que pueda prolongarse más sin poner en peligro la vida humana en el ámbito global, regional y local. Lo fundamental no es salirse de la trampa de la cultura sino de usarla a nuestro favor. Y esto sólo se conquista construyendo un nuevo proyecto de convivencia que trascienda el paradigma del desarrollo. Y esto, por su parte, no se puede lograr si no destruyendo este paradigma del desarrollo y toda su infraestructura social. Y esto no se logra si no enfrentándose directa e indirectamente a las estructuras de poder social hoy hegemónicas.

En este mismo sentido, hablar de un cambio del capitalismo al socialismo tiene tan poco valor en la actualidad como hablar de fórmulas recetarias para la operacionalización de la sostenibilidad. La discusión va más allá y tiene que ver con una crítica civilizacional a Occidente y su proyecto de desarrollo infinito, en el cual, en el camino, se deja un rastro innegable de sangre y muerte (se trata del tema de las antítesis a Occidente dentro y fuera de Occidente). Las necesidades humanas, las necesidades de la persona, yo, tú, todos y todas se convierten desde la opción vital en centralidad ontológica. Sobre ella, las superestructuras económicas, políticas, religiosas, ideológicas, cognoscitivas, axiológicas son secundarias. No se trata de un necio romanticismo guiado a proteger el ambiente, porque sea "bonito" o "agradable", sino porque ese ambiente es también condición de posibilidad de nuestra vida. Si pudiésemos cambiarlo, lo cambiaríamos por otro jardín más acorde a nuestros intereses estéticos. Por ahora eso no es posible: Entonces seguimos como guardianes del único jardín en el que vivimos. Véase que ni siquiera estoy entrando en la quisquillosa discusión ética sobre la vida que no es humana y, por ello, el derecho objetivo a la existencia y cambio (evolución) del resto de especies, sino que estoy señalando un antropocentrismo, es decir, que nos pone a todos los seres humanos como centro de la propia praxis humana, donde las otras especies aparecen con nosotros no por opción nuestra sino por necesidad. *¿Qué pasaría con ellas y otros seres si pudiésemos optar?* Con el hermano árbol y la hermana serpiente, con la hermana ballena y el hermano halcón, con el hermano río y la hermana selva...

III

La tercer reflexión tiene que ver con el tema de los usos ideológicos del término sostenibilidad en el marco de la defensa del paradigma del desarrollo. Desde hace más o menos una década la sostenibilidad ha sido traída y llevada en diversas esferas sociales (6), pero negando en la mayoría de las veces su contenido en relación de que resulta imposible sin cambio social. A la inversa: afirmando el paradigma del desarrollo. Sólo cito los términos más comunes al respecto: "Ecodesarrollo", "desarrollo sostenible", "desarrollo humano sostenible", "desarrollo a escala

humana". Dejo claro, sin embargo, que los términos pueden significar cualquier cosa, mejor dicho, que puede haber conceptos diversos de los mismos. Sin embargo, en contextos sociales específicos no significan cualquier cosa, lo que depende del conjunto humano o persona al/a la que nos refiramos. En relación con el uso del término sostenibilidad en sentido ideológico, con objeto de defender el desarrollo sin importar efectivamente la sostenibilidad, pueden extraerse dos vertientes. Una relativa a la imperiosidad del desarrollo mismo y su permeabilidad discursiva e ideológica así como manipulativa y otra referida a la sostenibilidad como moda.

El desarrollo, debe comprenderse, no es una necesidad de todos los componentes sociales de las formaciones humanas occidentales contemporáneas, sino sólo de algunos. El desarrollo es un mecanismo que permite precisamente la acumulación económica de sectores reducidos, lo que es lo mismo, de un pequeño conjunto de personas. Sin embargo, lo que es una necesidad particular se manifiesta como relación social. El desarrollo no es posible sólo para los defensores del desarrollo sino que requiere de todos para hacerse verdaderamente desarrollo. En el análisis marxista esto es claro: Uno no puede hacerse rico solo. La riqueza es una relación social de desigualdad que requiere de que los otros estén en la pobreza para poder existir (7). Por eso el desarrollo se manifiesta socialmente como una relación general de dominación. Por eso existen, además, las "sociedades" como marcos sociales limitados dentro de los que la desigualdad se expresa concretamente en relaciones históricas. Pero en este proceso social en el que lo particular se manifiesta como general, la ideología y el poder político juegan un papel fundamental como también nos deja claro el marxismo. La ideología y el poder político amalgaman los intereses particulares como intereses generales, convierten el interés de quienes controlan la producción y el desarrollo en intereses colectivos. Un ejemplo sencillo adecuado al terruño: Los grupos dominantes convienen en Costa Rica sobre la necesidad de "abrir" el mercado de seguros, porque a estos mismos grupos les interesa participar en ese mercado de seguros, en lo posible con control oligopólico. La justificante ideológica es que un mercado "abierto" garantiza mejores

opciones para la gente (lo que, coyunturalmente, podría ser cierto).

En esta primer vertiente, entonces, la "sostenibilidad" vista como necesidad de toda la "sociedad" es un instrumento ideológico, porque precisamente no puede garantizar la sostenibilidad ecológica ni la satisfacción de las necesidades generales de la gente, sino que sólo puede garantizar temporalmente las tasas de acumulación económica, es decir, la riqueza de algunos y algunas. Lo ideológico funciona además siguiendo las modas; entonces, hablar de sostenibilidad en un contexto en el que se habla de sostenibilidad es funcional para mistificar el carácter destructivo del desarrollo y posibilitar este mismo desarrollo. En otro sentido: los niveles de contaminación, extracción de recursos ambientales y artificialización ecosistémica no disminuyen sino que, por el contrario, crecen a manos de las empresas-grupos humanos del desarrollo. Sectores abrumadoramente mayoritarios del estado, las iglesias, y las ONGs que parecen actuar en función de la sostenibilidad actúan verdaderamente en función del desarrollo, por lo que sirven de simples instrumentos del capital y su paradigma. Venden su alma al diablo, conscientemente y a muy buenos precios.

La moda implica, por lo general, una mistificación ideológica, a través de la cual se oculta la heterogeneidad social de grupos, personas y necesidades y se operacionalizan discursos diversos sin necesariamente realizar su contenido. La sostenibilidad como propuesta nació en un contexto histórico en el que la crisis del ambiente como manifestación global, regional y local era demasiado evidente para obviarla. Pero al mismo tiempo, su radicalidad social era y es demasiado peligrosa para los intereses hegemónicos. Por eso la necesidad de usarla, porque funciona como discurso y porque no debe relizarse, y la mejor forma de que no se relice es cooptándola. El actor de la moda es principalmente la empresa capitalista. En segundo lugar, la moda implica simplemente un movimiento de discursos estériles que funcionan muy bien como sucedáneos románticos tanto para amplios sectores populares e incluso contestatarios como para los grupos no populares y las capas medias en todos los países. Como discurso estéril la sostenibilidad también vende, desde camisetas ecoló-

gicas hasta proyectos de "desarrollo sostenible" para los gobiernos, los países y las comunidades. De nuevo, la empresa capitalista se trasluce omnipotente tras estas manifestaciones del discurso de la sostenibilidad.

Sin embargo, no quiero que quede la sensación de que la moda de la sostenibilidad y el ambiente es absolutamente estéril. La moda en este caso posibilita la generación de grados apreciables de conciencia sobre la mistificación ideológica; es, por decirlo de alguna manera, una fase entre la inconciencia y la conciencia sobre la necesidad misma de sostener los equilibrios ambientales y, por ende, sobre la necesidad de generar un cambio, de hacer algo. El problema es que la tendencia dominante va torciendo la moda según sus intereses de modo que sirva para lo contrario que ella proclama. La lucha política se trasluce entonces también tras la moda: El enfrentamiento entre el significante y el significado, entre la persona dominada y su dominador, entre el cambio y la esterilidad social del discurso.

IV

La cuarta reflexión tiene que ver con *el qué* de la sostenibilidad, esto es, con su contenido, con los indicadores generales que pueden ser ubicados para que el mismo no se quede en el espacio del discurso metafísico. En este sentido, quisiera establecer tres ámbitos de la sostenibilidad: Parquedad del desgaste material/energético, estabilidad del orden ecosistémico y entropía 0/negativa. Estos tres niveles, íntimamente relacionados entre sí, implican como se verá cambios sociales concomitantes.

El primer gran indicador de la sostenibilidad, la parquedad del desgaste material/energético, ha sido en el *tempus* planetario una constante de los ecosistemas. La biosfera en general y los diversos ecosistemas concretos en particular se caracterizan por hacer un gasto mínimo de energía, principalmente de la energía solar, por lo que la captación de la misma por los organismos, en especial las plantas, y su ascenso por los niveles tróficos son igualmente ahorrativos. Aun así la *ley del diezmo energético* implica que en cada nivel sólo se utiliza aproximadamente un diez por ciento de la energía recibida en la materialidad de los alimentos, desechándose el resto. Pese a esta regla la eficiencia de los sistemas ecológicos es notable.

Se parte de la "premisa económica" de que la energía disponible es escasa, por lo que su buen uso es un requisito fundamental para garantizar la sostenibilidad ecosistémica. Esta parquedad implica a su vez un flujo constante de la energía, nunca su concentración desmedida y por ende peligrosa en algún elemento o nivel trófico.

La producción económica humana, a diferencia de la *economía ecológica*, arranca incrementando el uso de los recursos y la energía disponible a lo largo de todos los flujos de los ecosistemas e incluso de los sistemas geológicos e hidrológicos. El ser humano, por medio de la explotación de recursos, concentra el uso de materia y energía, a la vez que las saca de los flujos biosféricos tradicionales para adaptarlas a la lógica social. En el caso del modelo capitalista esto asume grados muy amplios. En este sentido, desde la acción humana se hace necesario un uso también parco de los recursos y la energía, disminuyendo la extracción de los mismos y a la vez resignificando su uso social, lo que implica una distribución equitativa de bienes y servicios, así como la desconcentración energética, hablese de comunidad, empresas-comunidades, industria-agricultura, pobres-ricos, Norte-Sur, etc., lo que implica a largo plazo la eliminación de estas dicotomías. En el plano social no son justificables ni las concentraciones de riqueza que se dan hoy en día en derredor de las empresas transnacionales ni el despilfarro energético propio de los países del Norte: No sólo la extracción de recursos y energía debe ser sostenible sino su uso social. A este respecto creo que basta con generar índices de uso energético adecuados a cada tipo de ecosistema, que permitan establecer cuantitativa y cualitativamente los gastos permisibles.

La estabilidad del orden ecosistémico es el segundo gran indicador de la sostenibilidad ambiental. El mismo únicamente implica que los ecosistemas así como la biosfera en general se desarrollan como procesos coherentes y con una determinada lógica. La artificialización ecosistémica, o sea, el reordenamiento de los ecosistemas para los fines humanos así como la extracción e introducción de recursos e insumos, cambia esta lógica y desestabiliza el orden. La presencia de gigantescos campos de cultivo, de las megalópolis, de los flujos marítimos y viales intensivos son así elementos que vienen a gene-

rar un desequilibrio pronunciado en el orden de los ecosistemas. Se requiere en el plano social el desarrollo de proyectos de existencia humana que generen procesos de artificialización amortiguables en el contexto local y regional. Esto de amortiguables implica que no sean muy extensos en el tiempo/espacio ni muy pronunciados en términos del grado de artificialización, a contra ejemplo de la conversión de un bosque en una ciudad o de una montaña en una mina a cielo abierto.

El tercer gran indicador es la entropía 0/negativa, es decir, la tendencia de los ecosistemas a no generar procesos amplios de entropía positiva, esto es, niveles amplios de desorganización y desgaste energético. La biosfera en general es un sistema cerrado al intercambio material, aunque no a al energético, por lo que la producción de entropía positiva puede resultar a largo plazo en la determinación negativa de todo el sistema. En el plano social, los modelos productivos/reproductivos humanos industriales son altamente entrópicos, principalmente debido a la generación de desechos energéticos en forma de calor y subproductos materiales contaminantes que van generando colapsos locales y regionales de los diversos ecosistemas. En tal sentido, en este mismo plano social se requieren esquemas productivos que mantengan la entropía cerca de cero o bajo cero dentro de los ecosistemas, en lo posible proyectando los desgastes y desórdenes hacia espacios donde no redunden en la desorganización general del actual equilibrio. Esto mientras no sea posible la eliminación de desechos y el calor hacia otros sectores del espacio, por ejemplo el sol, cosa que requeriría de más energía y más desgaste. Creo que queda clara la imposibilidad del *perpetum movil* y con ella la inevitabilidad de la trampa de la entropía; de este modo, por más que proyectemos los desórdenes que generamos fuera de nuestra esfera inmediata, ellos siempre nos alcanzarán y nos harán partícipes de su oscuridad.

V

Hasta el momento no he hablado en torno a por quiénes y cómo pueden establecerse prácticas sociales acordes con la sostenibilidad, en especial con los tres grandes indicadores que se acaban de exponer. Por ello, en esta reflexión final

abordaré el problema de cómo lograr un retorno a la sostenibilidad ambiental propia de este lapso histórico de la realidad biosférica y ecosistémica y, en especial, el problema de la participación. Cada uno de nosotros y nosotras será el principal interlocutor e interlocutora de lo que se plantee a continuación.

La sostenibilidad es un problema político. Tiene que ver con la posible construcción de nuevas estructuras de relación social y de relación con el ambiente no-humano y, por ende, tiene que ver con la postura de cada uno de nosotros y nosotras frente al problema, de cada una de las personas, de cada uno de los individuos. Como problema político, la sostenibilidad tiene que ver entonces y fundamentalmente con la participación, la interlocución de los grupos e individuos y la construcción de comunicaciones consensuales en el ámbito cotidiano; ello será el arranque que fundamente nuevas estructuras histórico-sociales de relación, cuyo carácter no podemos prever. De este proceso necesariamente tienen que ir siendo excluidos quienes excluyen. Excluidos no de su participación en la coexistencia social, sino excluidos del poder que precisamente han acumulado y en función del cual defienden la preeminencia de la dominación, la desigualdad y la explotación. La sostenibilidad en su fase política más amplia posible es un proceso apropiador y reapropiador de poderes sociales (económicos, políticos, ideológicos, religiosos).

Parto del reconocimiento de la heterogeneidad de asimetrías a través de las cuales se ejecuta la desigualdad social y por ende las exclusiones de los recursos de la sobrevivencia. No sólo se supone aquí la constitución de sectores y grupos diferenciados por la propiedad de los medios de producción sino también por las diferencias genéricas, etarias, étnicas, etc. No se trata de que creamos en la constitución de una clase-actor, de un pretendido sujeto histórico (8), sino de la posibilidad de un mutuo reconocimiento dentro de una amalgama comunicativa de resistencias individuales y grupales desde la explotación y la exclusión a través de la construcción de consensos sin centros específicos, resistencias producto de las necesidades vitales. Desde este reconocimiento multihistórico, multi-sectorial, heterogéneo, y contradictorio, que sin duda se está ope-

rando en diversos lugares sociales, los otros, los poderosos, aparecen como contraparte que tiene la posibilidad de sumarse a los procesos de construcción alternativa o de ser arrastrados al cambio sin necesidad de su consentimiento. Los procesos de liberación no tienen por qué incluir a todos en la hegemonía pero sí en el cambio.

Al mismo tiempo, se trata de un proceso en el que necesariamente cada uno de nosotros y nosotras debe revisar su propia vida cotidiana, encontrando las pequeñas acciones de existencia, que contribuyen en la problemática ambiental, así como en los desajustes de convivencia. Sólo desde esta revisión y, por supuesto, desde una intención por el respeto a los demás y al entorno, es que se puede fundamentar redes de acción social que propicien local y regionalmente la sostenibilidad, desde el ámbito económico, religioso, político, etc. Sólo la construcción de nuevas dimensiones cotidianas permitirá sustentar la sustitución citada de las estructuras sociales dominantes.

La participación es, asimismo, el mecanismo que nos permitirá como grupos e individuos posicionados en el plano cotidiano amalgamar las fuerzas necesarias para la generación de los cambios que abran la posibilidad del sostenimiento ambiental, así como estructuras sociales que permitan la paridad social, la igualdad en la diferencia y el derecho a la existencia de todos y todas. Otra propuesta conduce inevitablemente a los caminos del totalitarismo, sea de derecha, de izquierda, de centro, de lado, de arriba o de abajo. La sostenibilidad, por ello, no es una moda sino que constituye un proceso de cambio, que hoy está ya operándose en la cotidianidad, desde muchos lugares sociales o *vías*. Sin pretender caer en una visión del futuro, el cambio al que se hace referencia será potenciado por las personas, por cada uno de nosotros y nosotras, en su cotidiana existencia e inevitablemente guiado por la pobreza y por la imposibilidad de la vida en un contexto de destrucción masiva. No se trata de una revolución teleológica, históricamente determinada (9), sino de una revolución desde las necesidades humanas, entre ellas la misma necesidad del equilibrio ecológico ancestral.

Referencias

1. Cf.: Dussel, Enrique: "¿Es posible un principio ético material universal y crítico?" en *Revista Pasos* 75, DEI, San José, Costa Rica, enero-febrero, 1998, pp. 1-9.
2. Cf.: Sagan, Carl: *Un punto azul pálido Una visión del futuro humano en el espacio*, Editorial Planeta, Barcelona, España, 1996.
3. Cf.: Mires, Fernando: *El discurso de la miseria o la crisis de la sociología en América Latina*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, Venezuela, 1993.
4. Cf.: Ibid.
5. Cf.: Vargas Llosa, Mario: "Refutación de Kaplan" en *La Nación*, domingo 19 de julio de 1998, pp. 15-16A.
6. Cf.: Mora, Eduardo: "El retorcido sentido del concepto de sostenibilidad" en *Revista Ambien-Tico* 49, Escuela de Ciencias Ambientales, Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica, abril 1997, pp. 10-13.
7. Cf.: Marx, Karl: *El Capital Crítica de la economía política*, Tomo I, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, Cuba, 1973.
8. Cf.: Assmann, Hugo: "Apuntes sobre el tema del sujeto" en *Perfiles teológicos para un nuevo milenio*, DEI, San José, Costa Rica, 1998, pp. 115-146.
9. Cf.: Mires, Fernando: *La revolución que nadie soñó o la otra posmodernidad*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, Venezuela, 1996.

MAYNOR ANTONIO MORA es investigador de la Escuela de Sociología, UNA

El nº 15 de la revista semestral

CIENCIAS AMBIENTALES

(diciembre-98) viene dedicado a

Fijación de carbono como servicio ambiental comercializable.

Los temas de las siguientes ediciones son

***Ecoturismo
Cambio climático
Áreas silvestres protegidas.***

Se reciben colaboraciones
(para el nº 15 entregarlas antes del 15 de setiembre).

Revista semestral CIENCIAS AMBIENTALES

Anuncia que su edición n° 14 está dedicada a

Ambiente, sustentabilidad y libre comercio

Con artículos de:

MÓNICA ARAYA (asesora en *ambiente y comercio* del Ministerio de Comercio Exterior)

KEVIN DUNION (presidente de Amigos de la Tierra Internacional)

EDUARDO GUDYNAS (coordinador del Consejo Latinoamericano de Ecología Social -Uruguay-)

FRANZ HINKELAMMERT (director del Departamento de Investigaciones Ecuménicas)

TONY JUNIPER (director de campañas para Inglaterra, Gales e Irlanda del Norte de Amigos de la Tierra)

EDUARDO MORA (investigador de la Escuela de Ciencias Ambientales de la Universidad Nacional)

CARLOS MURILLO (viceministro saliente de Comercio Exterior)

GABRIEL QUADRI (director del Centro de Estudios del Sector Privado para el Desarrollo Sostenible -México-)

ALBERTO SCHRAM (economista y auditor ambiental)

Además:

STEFAN SCHAPER: *Control biológico del vector del dengue*

(Ya a la venta. Suscripciones al teléfono 2773291 y al fax 2773289)